

29 de Abril de 1950

El 10. de Mayo no es una fiesta. El proletariado no puede celebrar como fiesta el aniversario de la muerte de los que por él lucharon y por él murieron. Si consideramos que no se trata de unos pocos hombres sino de muchos, de innumerables hombres, asesinados en la lucha por la emancipación de la clase obrera, tanto más absurda resultará tal celebración; y si bien es cierto que gracias a los manejos de los que pretenden dar a las luchas sociales el carácter de una bufonesca lucha entre fantoches de guante blanco, alguna gente llega a celebrar el Primero de Mayo como fiesta, no es menos cierto que el proletariado no tiene nada que ver con esos manejos, con esos fantoches ni con esos guantes blancos.

No hay tal fiesta del trabajo. El Primero de Mayo es un día de recuerdo y de dolor, un día en que el proletariado debe recordar y llorar sus muertos, prometiéndose luchar para que la sangre de esos muertos dé el fruto que debe dar: la emancipación de la clase obrera.

Cuatro obreros ahorcados por la justicia norteamericana -Parsons, Fischer, Spies y Engel-, y otro -Lingg-, que prefirió suicidarse a someterse a los dictados de aquella justicia, son los hombres que inauguran la sangrienta y heroica historia del proletariado ya consciente de su papel y de su destino. Chicago, la ciudad industrial, vio como, en los primeros días del mes de mayo de 1886, las fábricas enmudecían y los talleres se vaciaban de obreros. Empezaba la lucha por la jornada de ocho horas. Sólo una fábrica, un molino, continuó trabajando. El 4 de Mayo los huelguistas se acercaron al edificio y pretendieron impedir que continuase trabajando. La policía disparó y seis obreros quedaron tendidos en el Camino Negro, que así se llamaba la calle que conducía al molino.

Los periódicos obreros llamaron a un mitin de protesta y una multi-

tud de cincuenta mil personas se reunió, dos días después, en la Plaza de Haymarket. Apenas empezado el mitín, la policía cargó de nuevo disparando sus armas de fuego. En medio del desorden alguien arrojó una bomba que fué a caer en medio de las filas policiales, matando a un policía y dejando herido a otros seis, que murieron después. Nadie supo quién lanzó la bomba; pero la persecución se desencadenó de manera terrible: trescientos presos en un día, entre ellos siete hombres que aparecían como dirigentes de los diversos grupos de obreros: Spies, Neebe, Schwab, Fischer, Lingg, Fielden y Engel, obreros todos. Parsons, americano, propuesto una vez por sus camaradas socialistas, como candidato a la Presidencia de la República, se presentó espontáneamente.

Nada se pudo probar, no hubo más que declaraciones y cartas de traidores y soplones, pero el juez, acobardado por la gritería de la prensa burguesa de todo el país e impotente ante la presión del capitalismo, condenó a Siete a La pena de muerte, pidiendo para el octavo, Neebe, quince años de prisión. La Corte, tan cobarde como el juez, confirmó la sentencia. Durante un año el proletariado de Chicago y de toda La República hierve de indignación. Manifestaciones, panfletos, solicitudes, amenazas, huelgas, presentaciones, discursos, declaraciones; Nina van Zandt casada con Spies en la Cárcel, se entrega por completo a su defensa, y Lucy Parsons, mujer de Parsons, recorre el país de extremo a extremo, pidiendo clemencia; es rechazada, silbada, tomada presa, escarnecida. La prensa, falseando el proceso, sigue pidiendo la pena de muerte. Los trenes entran y salen repletos de Chicago, que se ha convertido en una especie de ciudad santa, la ciudad en que se va a cometer el gran crimen.

Nada se consiguió, excepto el perdón de Fielden y Schwab, hombres ancianos, de quienes casi no se hablaba en el proceso y contra quienes no hubo declaraciones ni falsas delaciones. Los otros cinco morirán en la horca. Lingg prefiere morir. Aprieta entre los dientes un cartucho de dinamita y enciende la mecha. Vivió seis horas.

Pocas horas después sus cuatro camaradas irán a la horca. En la noche anterior a la ejecución, mientras los carpinteros levantan el cadalso, Engel, escuchado por sus camaradas y por los demás ope-ros, recita en alta voz los inmortales versos de " El Tejedor", de Enrique Heine:

Con ojos secos, lúgubres y arrechinando los dientes,  
se sienta en su telar el tejedor:  
¡Vieja Germania, tu capuz zurcimos !

Tres maldiciones en la tela urdimos,

Adelante, adelante el tejedor!

¡Maldito el falso Dios que implora en vano,  
en invierno tirano,  
muerto de hambre, el jayán en su obrador!

¡En vano fué la queja y la esperanza !

Al Dios que nos burló guerra y venganza.  
¡Adelante, adelante el tejedor !

¡Maldito el falso rey del poderoso,  
cuyo pecho orgulloso  
nuestra angustia mortal no conmovió !  
¡El último doblón nos arrebató  
y como a perros luego el rey nos mata !

¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Maldito el falso Estado en que florece  
y como yedra crece  
vasto y sin tasa el público baldón;  
donde la tempestad la flor aviente  
y el gusano con podre se sustenta!

¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Corre, corre sin miedo, tela mia!  
¡Corre bien noche y día,  
tierra maldita, tierra sin honor!  
Con mano firme tu capuz zurcimos.  
Tres veces, tres, la maldición urdimos!

¡Adelante, adelante el tejedor! )

Marcharon a la muerte sin cobardía, Spies dijo : " ¡La voz que váis a sofocar será más poderosa en lo futuro que cuantas palabras pu-

diera yo decir ahora!". Fischer exclamó : " Este es el momento más feliz de mi vida!". Engel grito : "¡ Hurra por la anarquía!"- Parsons empezó a decir: " Hombres y mujeres de mi querida América ". Dos días después fueron sepultados y "Chicago", asombrada, vió pasar tras las músicas fúnebres precedidas por un soldado que agitaba como desafío un pabellón americano, el ataúd de Spies, oculto bajo las coronas; el de Parsons, negro, con catorce artesanos atrás que cargaban presentes simbólicos de flores; el de Fischer, ornado con una colosal guirnalda de lirios y clavelinas; los de Engel y Lingg, envueltos en banderas rojas, y los carruajes de las viudas, y sociedades, gremios, orfeones, diputaciones, trescientas mujeres en masa, con crespón al brazo, seis mil obreros tristes y descubiertos que llevaban al pecho la rosa encarnada ".

En medio de las tinieblas que descendían sobre la muchedumbre aglomerada en el cementerio, se oyó una grave voz que decía : "¡ Yo no vengo a acusar ni a ese verdugo a quien llaman Alcaide, ni a la nación que ha estado hoy dando gracias a Dios en sus templos porque han muerto en la horca estos hombres, sino a los trabajadores de Chicago, que han permitido que les asesinen a cinco de sus más nobles amigos!".

Dos años después, en el mes de julio de 1889, la Segunda Internacional acordó que el día Primero de Mayo sería el día en que los trabajadores de todo el mundo debían reunirse para apretar sus filas y para recordar a los caídos en las luchas sociales

Tal es la historia del Primero de Mayo, día de recuerdo y de dolor para el proletariado . No será de fiesta sino cuando aquella sangre y la sangre de todos los sacrificados en todo el mundo, haya dado el fruto en bien del cual fué ofrecida: el de la emancipación de la clase obrera.